Domingo 5 de noviembre de 1995

# PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

**PABLO NERUDA**
y el mito del poeta gordo y bonachón
*por Daniel Freidemberg*

**SIR KINGSLEY AMIS,**
un viejo maldito
6/7 *por C.E. Feiling*

**LOS LIBROS, MOTORES DE LA REVOLUCION FRANCESA Y PRESENTES EN LOS GRANDES MOVIMIENTOS SOCIALES DE LA ARGENTINA**

# SUBVERSIVOS

En los años previos a la Revolución Francesa se produjo un gran aumento de la alfabetización y el hábito de la lectura se extendió rápidamente. En la Argentina, el yrigoyenismo, el peronismo y los convulsionados años '60 y '70 estuvieron precedidos por la ebullición y el auge editorial y de movimientos literarios. Los libros y la lectura aparecen en la historia como catalizadores de nuevas ideas y marcadores de los momentos de cambio.

**LAS FANTASTICAS AVENTURAS DE UN PERDEDOR**
8 *por Marcos Mayer*



# LA GENERACIÓN DEL '80

M.M.

Pocas veces un período literario se demarca tan claramente de sus antecedentes y consecuencias como ocurre con los textos escritos en la Argentina entre 1880 y 1890. Hasta ese momento, la literatura había cumplido un rol parlamentario que consistía en el debate y la consideración de aquellas cuestiones que no tenían un marco institucional en el cual resolverse. Pero a partir de la instauración del sistema republicano, con el ascenso de Roca a la presidencia en 1880, la función de la literatura sufre un brusco replanteo.

Si con Roca se trataba, según la adecuada fórmula de Tulio Halperin Donghi, de "construir el Estado para construir la nación", la serie de problemáticas que un proyecto de tal naturaleza significa generaron un debate constante en cada uno de los aspectos que hacen a la conformación de la vida social.

Las permanentes polémicas, explícitas o no, en torno de las cuestiones del determinismo, de la inmigración, de las estéticas literarias o del perfil que debía asumir la ciudad de Buenos Aires, tanto en lo urbanístico como en lo social, son síntomas de un malestar que gira en torno de la instalación de la política como forma de distribución y negociación del poder.

Resulta claro el sentido que puede darse a esta permanente crisis de la política en la lectura de un discurso al Congreso de Juárez Celman en 1889: "Acabo de hablaros de los hechos relativos a lo que en el lenguaje tradicional de nuestros documentos se llama la política. La materia prima de ese capítulo comienza a ser escasa, para bien de nuestra patria, y pronto habremos de prescindir de ello o transportar su sentido a los hechos administrativos, que ninguna conexión tengan con los movimientos electorales". A un año apenas de la revolución del 90 que habría de culminar con su renuncia, Juárez Celman decretaba el fin de la política y su reemplazo por la administración, como una continuidad del slogan con que Roca había abierto su primera presidencia: "Paz y administración". Y cuya contrapartida cínica sería su lectura por parte de Sarmiento como "Remingtons y educación".

Enfrentando una visión estática de la historia y de las relaciones sociales irrumpe la inmigración, un contingente de seres que trae una cultura y un modo de funcionamiento "crecido" en otro lugar. Son los artífices de una confusión inesperada. No son amos ni siervos. Están destinados, de acuerdo con su esfuerzo personal, a colocarse en el poco claro ámbito de las clases medias: comerciantes, profesionales, cuentapropistas. Y desde allí, por la mera circulación de la plata, en catalizadores de la movilidad social: hacen evidente que todos los signos de la distinción social son intercambiables por dinero.

El exabrupto antisemita de Julián Martel en *La Bolsa* tiene, más que algún correlato real (no llegaban a ciento cincuenta las familias judías en la Argentina de 1890), una necesidad de revestir con una simbología cristalizada un impulso atávico vinculado directamente al dinero: la codicia.

La literatura se asume entonces como palabra patriótica, espiritual y generosa contra las bajezas del papel moneda. Allí se arma uno de los sistemas de oposición fructífero como material ideológico de los textos del 80: los valores aristocráticos en oposición a la detentación de la riqueza, hecho interpretado como uno de los síntomas del progresivo desarreglo del mundo, como ocurre en la obra narrativa de Miguel Cané.

Esta sensación se vuelve pesadilla en dos direcciones: por una parte, cuando se imagina que esos inmigrantes pueden constituirse en una clase social con un proyecto político que implica la destrucción de la nacionalidad (como *En la sangre*, de Cambaceres); por la otra, cuando se considera la posibilidad de la alianza entre socialistas y esos representantes de la movilidad social y el dinero. Y así define Martel al judío inmigrante: "Su triunfo será más seguro todavía, si se le ocurre aprovechar el elemento socialista como fuerza de combate y dirigir la espantosa revolución social que se aproxima"

# LA MECHA

Las ideas revolucionarias se difundieron en Francia tras el aumento masivo de la alfabetización y el auge de la lectura. En la Argentina, los libros, los escritores y las editoras tuvieron también su hora de esplendor al mismo tiempo o como antecesoras del yrigoyenismo, el peronismo y los años 60 y 70.

MIGUEL RUSSO

A Severino Di Giovanni, que asaltaba bancos para instalar imprentas obsesionado por su convicción en la potencia liberadora de los libros, le hubiera encantado leer las conclusiones de Roger Chartier, director de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales y presidente del Consejo Científico de la Biblioteca de Francia. Chartier detectó en los años previos a la Revolución Francesa un auge sin precedentes de la lectura y la edición de libros, la multiplicación de las bibliotecas en la Francia feudal y hasta la aparición masiva de los salones de lectura donde la gente alquilaba libros. Las conclusiones del científico francés tienen su correlato en la Argentina, donde los grandes movimientos sociales fueron precedidos o acompañados por el auge de los libros, los autores y las editoriales. Desde la prolífica generación del 80 que antecede a la Revolución del Parque y los orígenes del yrigoyenismo o la Revista *Sur* y los grupos de la calle Boedo y Florida que asisten a la explosión del 17 de Octubre, hasta la irrupción de los escritores latinoamericanos en el mundo y la época de oro de las editoriales argentinas en los años 60 y 70. El amor por la literatura reivindica en la historia su carácter subversivo, disparador de nuevas ideas y marcador de los vientos de cambio.

Es difícil establecer una relación causal entre esos grandes movimientos literarios con los movimientos sociales, aunque podría decirse, sin embargo, que desde la dupla turbulenta del santo y el pecador de los años inmediatamente anteriores al inicio de la era cristiana hasta el anónimo y absurdo personaje de las novelas de finales de este siglo, el protagonista de la literatura fue un fiel reflejo del imaginario de su época. Y ese protagonista, inmerso en el universo brindado por su creador, con la aparente función de entretener y divertir a los lectores, fue el que forjó, en más de una oportunidad, los movimientos sociales con los que se iba modificando la historia.

"Toda la educación política de un gran pueblo –planteó Alexis de Tocqueville en *L'Ancien Régime et la Révolution*–, hecha en su totalidad por los hombres de letras fue, quizá, lo que más contribuyó a dar a la Revolución Francesa su genio propio y a hacer que de ella brotara todo lo que vemos." Para el intelectual y político francés, los escritores no sólo proporcionaron las ideas que el pueblo hizo suyas, sino que, además, le dieron su temperamento y su humor: "Con su gran disciplina, en ausencia de otros conductores, en medio de la ignorancia profunda en que se vivía habitualmente, toda la nación, al leerlos, termina por adquirir los instintos, el ingenio, los gustos y hasta los defectos naturales de aquellos que escriben; de tal suerte que, cuando por fin tuvo que actuar, transfirió a la política todos los hábitos de la literatura".

Esta misma idea fue defendida también por Hyppolyte Taine en *La Francia contemporánea* y por Daniel Mornet en *Los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa*. Sustentándose en ellos, Roger Chartier analiza, en su ensayo *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII* –de próxima aparición en editorial Gedisa–, las causas que motivaron el desencadenamiento de la revolución. Sus datos son concluyentes: 1) El porcentaje de alfabetizados pasa del 29 al 47 por ciento para los hombres y del 14 al 27 por ciento en las mujeres entre 1686-1690 y 1786-1790; 2) aumento considerable del porcentaje de propietarios de libros, en particular entre los artesanos y los pequeños comerciantes urbanos y 3) se acrecienta l número de volúmenes en las bibliotecas: las de los burgueses de 20 a 200 volúmenes, las eclesiásticas de 50 a 300, las de los nobles y magistrados de 20 a 300.

Un dato curioso: el pueblo, para quien la compra de libros demandaba un gasto que excedía sus medios, se vuelca hacia los salones de lectura abiertos por los libreros después de 1760 y los puestos que alquilan libros. Así, por una cuota anual que oscilaba entre los diez y los veinte francos, la población podía acceder a las grandes obras de referencia (diccionarios, enciclopedias, almanaques) y a las novedades literarias y filosóficas. El éxito fue tal que, según cita Louis-Sébastien Mercier en su *Tableau de Paris*, "hubo obras que provocaron tal efervescencia que el librero estuvo obligado a fragmentar el volumen en tres partes para poder atender la urgencia de los múltiples lectores; en esos casos se pagaba ya no por el día sino por la hora de lectura".

La sociedad cambiaba al ritmo frenético de sus libros y los escritores creaban en consonancia con los ideales populares. En esa unión, era esperable un rotundo vuelco en el mundo: la revolución estaba en camino. Habría que aguardar, solamente, hasta 1789.

**CABALLEROS EN LOS BARCOS.** Tres siglos antes de la toma de la Bastilla, la conquista de América, la utopía de habitar una tierra donde reinara la riqueza, la búsqueda del paraíso terrenal, El Dorado, la ciudad de los Césares y de las amazonas, fue motivada en los españoles, como una suerte de Quijotes lanzados a la aventura, por la lectura compulsiva de la literatura de la época.

"Las populares novelas de caballerías –afirma Irving Leonard en *Los libros del conquistador*– jugaron un papel de importancia en toda esta actividad, renovando la esperanza de los crédulos aventureros que no lograban encontrar en las tierras nuevas todas las maravillas que agrandaban su imaginación." Los jóvenes europeos, románticos y vehementes, se lanzaron a la expedición a Sudamérica llevando a cuestas la literatura en boga.

Fue tan así que cuando un miembro de las fuerzas con que Pedro de Mendoza intentó establecer una colonia en la región del Río de la Plata en 1536 protestó por la sentencia de muerte a que lo habían condenado, advirtió que "algún día será lo que Dios quisiere y reinarán los Doce Pares", en alusión al libro de caballerías carolingio *Historia de Car-*



# DE PAPEL

*lagno y de los Doce Pares* (pu-
ado en 1525). Unos años antes,
tolomé de Las Casas había lla-
lo "Caballeros de la Espuela Do-
a" a los voluntarios para fundar
comunidad idealista en la cos-
eptentrional sudamericana. Es-
a seguro de que esa designación
ecería un atractivo extra a la ge-
ación imbuida de novelas caba-
escas.

a campaña contra estos libros,
anizada por los humanistas y los
igos, adquirió características de
dadera cruzada durante la segun-
mitad del siglo XVI. Este hecho
efleja en el reducidísimo núme-
le nuevas novelas de caballerías
se publicaron en ese período.
o de sus principales detractores
Juan Luis Vives, amigo de Eras-
y de los humanistas más emi-
ites del Renacimiento español.
ves se dedicó de lleno a la prepa-
ión de guías morales para laicos.
o de sus célebres tratados fue *Ins-
cción de la mujer cristiana*, pu-
cado en 1524. Allí estableció las
turas que debían y no debían po-
se en manos de los jóvenes: "Es
feribile no sólo dejar de aprender
eer, sino hasta perder la vista y el
o, antes que sucumbir al veneno
las historias de amor y de com-
es. Todo esto debían curar las le-
s y fueros, si quieren los adminis-
dores de las tierras que las con-
ncias estén sanas. Lo mismo de-
in hacer de esos libros vanos, co-
o son *Amadís, Florisando, Tiran-
Tristán de Leonís, Celestina...*",
quien califica de "alcahueta ma-
e de las maldades", en su lista in-
minable de prohibiciones.

Los decretos reales contra la lite-
ura no tardarían en llegar. El más
nocido, fechado el 4 de abril de
31, ordena a la Casa de Contrata-
ón de Sevilla que "de aquí en ade-
nte no se consienta pasar a las In-
as libros de historias y cosas pro-
nas salvo los tocantes a la religión
spana y los de virtud en que se
erciten los indios y los otros po-
adores". En la lista de títulos
ohibidos figuraban "Los libros de
mance, *Amadís* y otros de esta ca-
lad, mal ejemplo para los habitan-
s y cosas en que no es bueno que
ocupen ni lean".

**MOVIMIENTOS SOCIALES
N ARGENTINA.** En la Argenti-
a se distinguen, claramente, tres momentos en los que la literatura estuvo en consonancia con los procesos sociales y políticos: la década de 1880, el período comprendido entre 1920 y 1940 y los fervorosos '60 y '70.

En el corto plazo de diez años iniciado en 1880, el sistema de la democracia restrictiva, anunciada y propuesta por Alberdi, vivió los tiempos de su apogeo y su crisis. Fue una época enmarcada entre la federalización de Buenos Aires, que consolidó los canales de la institucionalidad republicana y centralizó el gobierno del país, haciendo posible una incorporación efectiva al nuevo esquema de división internacional del trabajo, y la revolución del '90 que, sin llegar a atacar las bases de funcionamiento económico del régimen, interroga y pone en cuestión su forma de concebir la política través del fraude y el gobierno de pocos. Anunciaba al mismo tiempo al yirigoyenismo, la Reforma Universitaria del '18, la irrupción de las capas medias y la democratización de la sociedad.

Este incontenible avance del progreso debió enfrentarse a dos modos de oposición: uno que provenía del interior mismo de los sectores gobernantes y otro que surgía de las nuevas realidades sociales aparecidas de la mano de la inmigración y los procesos de modernización. Estos hechos pueden ser leídos en varios de los textos de Eugenio Cambaceres: *Pot-pourri*, *Silbidos de un vago*, *Sin rumbo* y *En la sangre*.

Por su parte, Fray Mocho, quien en su período como comisario produjo el catálogo de *Los ladrones célebres de Buenos Aires*, y Luis María Drago con su *Los hombres de presa* dan la receta para reconocer en la calle a algún previsible delincuente. Víctor Gálvez, mientras tanto, protestaba en *Memorias de un viejo* contra otra costumbre popular: la de sacarse fotos.

Con el comienzo del siglo, el aumento de las obras publicadas anuncia aún más el comienzo de una nueva sociedad. De los cuatrocientos títulos entre 1900 y 1910 se llega a los setecientos cincuenta entre 1931 y 1935. Incorporados por Natalio Botana a su diario *Crítica* en la década del 20, muchos de los escritores-periodistas plasman en sus libros la nueva realidad. Es el momento de Pablo Rojas Paz, Raúl y Enrique González Tuñón, Carlos de la Púa, Roberto Arlt, Jorge Luis Borges, Ulises Petit de Murat y Horacio Rega Molina.

La producción de libros, emparentada con los años de despegue de la industria editorial y la politización de la sociedad, crece hasta alcanzar en el año 1940 los dos mil seiscientos títulos, con un total de ejemplares que supera los doce millones. Los grupos de Boedo y Florida, como exponentes de la última discusión seria acerca de la literatura, dominan el panorama y se disputan el fervor del público. "Hacen su aparición las colecciones de Manuel Gleizer, un editor casi legendario que a partir de 1918 publica a los escritores de las nuevas generaciones (ultraístas y martinfierristas) o las colecciones de Samuel Glusberg en su editorial Babel –dice Jorge B. Rivera en *El escritor y la industria cultural*–, y por otra parte, desde la popular calle Boedo, llega al centro un conjunto de proyectos en los que se integran el propósito de agitación política y el afán culturalista y pedagógico de la vieja izquierda clásica." Esa marea literaria asiste al surgimiento de otra marea: la irrupción del nuevo proletariado, el peronismo y el 17 de Octubre. Aunque la mayoría de los intelectuales no simpatiza con el peronismo, participan en la ebullición de ideas e inquietudes que se agitan en las vísperas del cambio.

La revolución, concepto que creció con fuerza en los últimos años de la década del 50 y principios de los 60, fue otro de los puntos culminantes del romance escritor-sociedad. Las cifras, calculadas por la Cámara Argentina del Libro, marcan que, entre 1960 y 1970, la media anual de obras registradas bordeaba los cuatro mil títulos, con poco más de veintiséis millones de unidades publicadas. El tiraje promedio, para aquella década, era de seis mil ochocientos ejemplares, con un pico máximo de ocho mil seiscientos en 1960 y un mínimo de cuatro mil novecientos en 1969. Los autores: Juan Gelman, Julio Cortázar, Germán Rozenmacher, Adolfo Bioy Casares, Antonio Di Benedetto, David Viñas, Ernesto Sabato, Leopoldo Marechal, Haroldo Conti, Rodolfo Walsh y Juan José Saer, entre tantos otros.

Una muestra, ante las actuales tiradas de tres mil ejemplares, de que el personaje protagónico de la literatura de entonces buscaba su inspiración en la sociedad, y viceversa. La televisión, la informática, las leyes del mercado, el marketing, los análisis económicos previos y las encuestas de este fin de siglo parecen atentar contra esa formidable ligazón entre el libro, su lector y el autor y limitan así su presencia como reflejo y testimonio de una sociedad aturdida por transformaciones profundas. Mientras tanto, el imaginario espera ●



# UNA FIESTA DESPISTADA

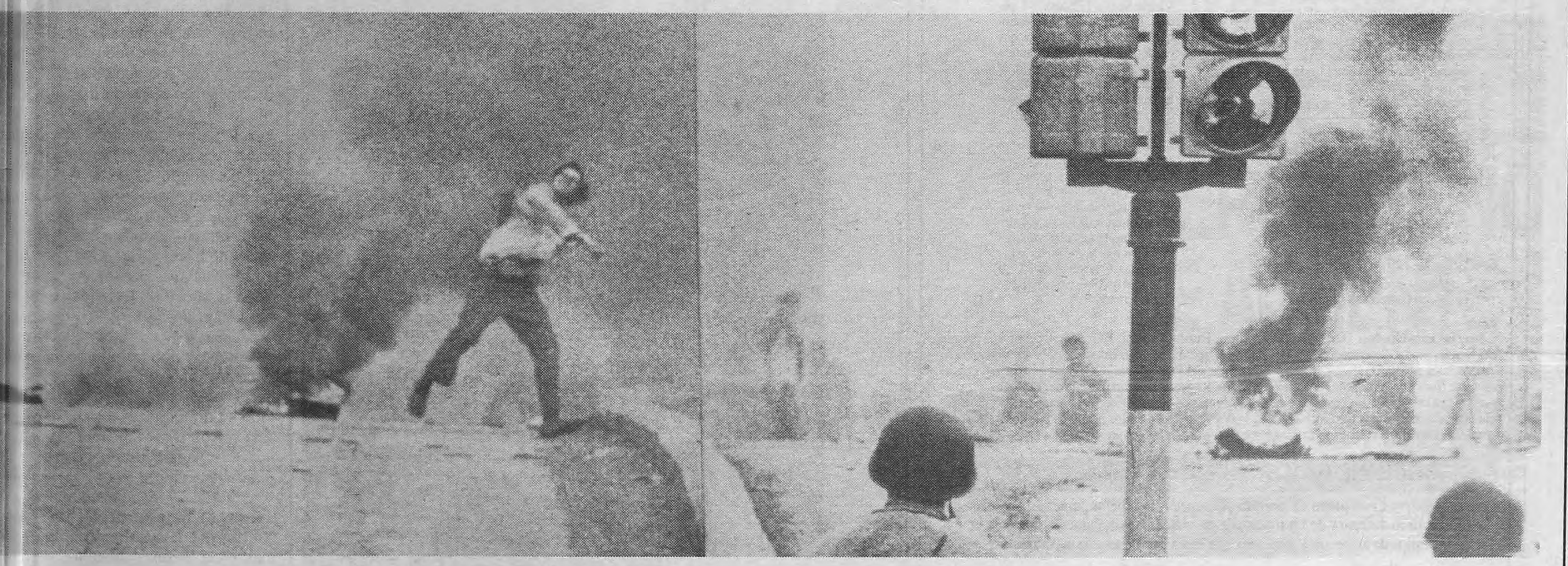
**JORGE LAFFORGUE**

En 1959 entraban en La Habana las huestes de Fidel Castro; poco después se promulgaba la reforma agraria y se ponían en marcha otras medidas de igual signo. La Revolución estaba al alcance de la mano. En la Argentina, el desarrollista Arturo Frondizi había accedido a la presidencia con el apoyo del peronismo y se suponía que representaba a vastos sectores progresistas de nuestra sociedad. Se lo hermanaba con el Rómulo Betancourt que gobernaba Venezuela o el José Figueres de Costa Rica. Pero Frondizi no pudo en su contrapunto con los militares y en el '63 vino el bueno de Illia, que tampoco los conformó. Entonces sufrimos al malo de Onganía, un general fatuo, moralista y obtuso. Cordobazo y transición lanussista mediante, el tío Cámpora anunció una primavera que terminó fatal, con una noche cerrada: la dictadura más feroz de este siglo en nuestra república. Del fervor al terror: quince años.

Durante ese lapso sucedieron tantas cosas –y algunas tan contradictorias– que me resulta imposible cualquier síntesis. Intentemos sin embargo apuntar ciertos hechos relevantes en el plano de la literatura, que hace a mi profesión. En 1967, Sudamericana publica *Cien años de soledad* en Buenos Aires, corroborando para esta ciudad su calidad de centro irradiante –junto con Barcelona– del boom de la literatura latinoamericana. Además de Gabriel García Márquez, echaron leña al fuego Cortázar (*Rayuela*, '63), Lezama Lima (*Paradiso*,' 66), Vargas Llosa (*La casa verde*, '66), Cabrera Infante (*Tres tristes tigres*, '67), Fuentes, Donoso, Sarduy, Leñero y Garmendia, entre otros. Se armó así una buena fogata, que fue convenientemente apuntalada por medios diversos, como el semanario *Primera Plana*, la editorial de Jorge Alvarez o libros como *Los nuestros* de Luis Harss.

A comienzos de los '60 el empuje crítico y optimista se hallaba en plena expansión. De los muchos hechos recordables en ese sentido, mencionemos la formidable labor desarrollada por Boris Spivacow en la etapa inaugural de EUDEBA, continuada (Noche de los Bastones Largos mediante) en el Centro Editor de América Latina (léase el reciente libro de Colihue sobre el personaje); el predicamento logrado por los jóvenes de *Contorno*, los hermanos Viñas, Rozitchner, los excéntricos Masotta y Sebreli; también el arranque teatral de Cossa, de Gambaro, de Pavlovsky; o la poesía primera de Gelman, Bignozzi, Trejo, Pizarnik... La lista se haría larga y aburrida. Pero sea cual fuere su extensión, yo la cerraría con una doble mención: Walsh y Puig. Los caminos abiertos por sus textos a la narrativa nacional fueron los más fecundos, productivos e incitantes de ese entonces y aún no se han agotado; quizá correlativamente sus mismas opciones vitales –uno muerto por los chacales del orden, el otro muerto en el exilio– nos estén hablando de cómo terminó la fiesta. Al menos esa fiesta ruidosa y despistada. Porque si de algo pecó el facilismo revolucionario fue de menosprecio por el enemigo, por el Sistema. Sí, nos rompieron los sueños, algunos sueños; pero seguimos soñando e incorporando nuevos sueños. Porque sin ellos no se vive; cuanto más se permanece.

Quizás esto último suene muy abstracto. Les cuento entonces: en 1960 un fiscal de muy triste memoria procesó a los integrantes de la revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras por haber publicado un cuento contra la moral y las buenas costumbres, pues "La narración de la historia" relataba una relación homosexual. Los medios serios y las más serias instituciones nos dieron la espalda, cuando no dieron la razón al señor fiscal. El autor, Carlos Correas, y yo, como director de la revista, fuimos condenados por pornógrafos confesos. Este cuento –que Ricardo Piglia republicó el año pasado en una singular antología– hoy no ruboriza ni a un bebé de pecho. Cualquier melodrama televisivo es más deschavado. E implicancias teóricas a un lado, aquí veo un cambio positivo. Toda beatería en retroceso, todo dogmatismo defenestrado me parece una batalla ganada. ¿Se perdió una guerra? Probablemente las estrategias no eran adecuadas. A la vez y seguramente se han ganado algunas batallas ●



# Best Sellers///

## Ficción

| | | Sem. ant. | Sem. en lista |
|---|---|---|---|
| 1 | *Mañana, tarde y noche*, por Sidney Sheldon (Emecé, 19 pesos). Un millonario muerto accidentalmente, una hija no reconocida reclamando parte de la herencia y una familia demasiado ocupada en ocultar negocios turbios conforman el cuadro de la nueva novela de Sheldon. | 1 | 9 |
| 2 | *La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no: lo cierto es que inauguró la novela new age. | 4 | 53 |
| 3 | *La isla del día de antes*, por Umberto Eco (Lumen, 28 pesos). Eco ataca de nuevo con estilo El nombre de la rosa. Un náufrago llega a un barco abandonado y desbordante de extrañas maquinarias y prodigiosas invenciones. Allí, solo y condenado a no alcanzar jamás una isla próxima, el atribulado narrador desenredará los hilos de su existencia y de su época en sentidas cartas a una Señora igualmente inasible. | 2 | 8 |
| 4 | *Santa Evita*, por Tomás Eloy Martínez (Planeta, 19 pesos). Las desventuras del cadáver de Evita, las historias secretas de la musa del peronismo y las investigaciones del autor-narrador son los tres afluentes de esta novela saludada por Gabriel García Márquez como un acontecimiento literario. | 2 | 16 |
| 5 | *El mundo de Sofía*, por Jostein Gaarder (Siruela, 35 pesos). Una protagonista de quince años que responde al sugestivo nombre de Sofía deambula en medio de una historia novelada de la filosofía a la que se le suman elementos de suspenso y un manual de los puntos más importantes de la filosofía occidental desde los griegos a Sartre. | 5 | 12 |
| 6 | *El Bar celestial*, por Tom Youngholm (Atlántida, 18 pesos). Un hombre en busca de un destino que lo satisfaga. Buscando un trabajo y una profesión que lo aleje de las penurias que lo rodean, huye de una figura oscura y amenazadora que lo obsesiona. | – | 1 |
| 7 | *En el tiempo de las mariposas*, por Julia Alvarez (Atlántida, 18 pesos). La historia de tres hermanas, férreas opositoras al régimen dictatorial del general Trujillo, cuyos cuerpos fueron encontrados a finales de 1960 al pie de un risco, y de una cuarta que sigue viva. La novela, distinguida como el libro notable del año por el *New York Times*, recrea el mundo de las hermanas Mirabal relatado en primera persona desde la óptica de las protagonistas. | 6 | 13 |
| 8 | *El séptimo papiro*, por Wilbur Smith (Emecé, 24 pesos). Continuación de *Río sagrado*, el libro continúa la aventura en un Africa actual donde un matrimonio encuentra un papiro que revela la ubicación de los restos del faraón Mamose. A partir de ahí se desata una carrera por obtener los beneficios que esconde la tumba del faraón. | – | 1 |
| 9 | *No sé si casarme o comprarme un perro*, por Paula Pérez Alonso (Tusquets, 16 pesos). Con el telón de fondo de una Argentina que se niega a cicatrizar sus heridas de guerra, Juana –inusual heroína de esta primera novela– pasea con gracia y angustia su disyuntiva doméstico/existencial: ¿La caricia cómplice de un perro labrador o la mordida rabiosa de los hombres? | 7 | 21 |
| 10 | *Sucesos argentinos*, por Vicente Battista (Planeta, 16 pesos). El Premio Planeta 1995 relata la historia de un hombre que regresa a la Argentina en 1977 para obtener los contratos para construir las primeras autopistas porteñas. Pero la operación se vuelve riesgosa y el protagonista se ve rodeado de una malla de corrupción y crimen que pone en peligro sus propósitos y su vida. | 8 | 3 |

## Historia, Ensayo

| | | Sem. ant. | Sem. en lista |
|---|---|---|---|
| 1 | *El libro de las virtudes*, por William J. Bennett (Vergara, 28 pesos). Textos breves que hablan de la filosofía de la vida y del mundo con la intención de generar, con la modalidad de un libro de autoayuda, reflexiones útiles a las personas. | 1 | 7 |
| 2 | *Blanca y radiante*, por Gabriel Pasquini y Eduardo De Miguel (Planeta, 22 pesos). A través de datos oficiales y extraoficiales recogidos en Washington, Bogotá, La Paz y Buenos Aires, los autores reconstruyen la historia de las drogas y su prohibición. Desde el opio ensalzado por Heródoto hasta el auge de la cocaína en la era actual, el libro traza un mapa de uno de los negocios mundiales más importantes. | 5 | 4 |
| 3 | *Historia integral de la Argentina, IV*, por Félix Luna (Planeta, 22 pesos). El cuarto de los nueve volúmenes que conforman la obra del autor de *Soy Roca*. El libro abarca los comienzos del siglo XIX, abordando temas como los cambios en el Río de la Plata después del rechazo de los ingleses y los factores que incidieron en la Revolución de Mayo de 1810. | 4 | 4 |
| 4 | *Eva Perón*, por Alicia Dujovne Ortiz (Aguilar, 18 pesos). Una nueva biografía de la mujer más importante que tuvo la historia argentina donde se relatan desde los ingredientes del melodrama y de la novela policial que fueron parte de la vida de Evita hasta los hechos que la llevaron desde su origen al cargo de jefa espiritual de la Nación. | 2 | 3 |
| 5 | *La novena revelación: Guía vivencial*, por James Redfield y Carol Adrienne (Atlántida, 14,90 pesos). Complemento de la exitosa novela, este libro de autoayuda desarrolla extensamente las utilidades de las nuevas revelaciones para descubrirlas en la vida cotidiana. | 7 | 21 |
| 6 | *Ser digital*, por Nicolás Negroponte (Atlántida, 21 pesos). La influencia de las computadoras en la vida del ser humano. Cómo será la convivencia entre las máquinas y el hombre en el futuro y cuál será el desarrollo de los seres digitales en el siglo XXI. | 3 | 11 |
| 7 | *Nada más que la verdad*, por Sergio Ciancaglini y Martín Granovsky (Planeta, 19 pesos). Una selección de textos sobre la guerra sucia, las confesiones y autocríticas militares. Testimonios de los sobrevivientes, de familiares de desaparecidos y de los abogados del juicio a las Juntas y las declaraciones de Massera en un libro que amplía las crónicas con que sus autores ganaron el Premio Rey de España. | 8 | 7 |
| 8 | *La trampa*, por Sir James Goldsmith (Atlántida, 18 pesos). El libro donde el financista y eurodiputado británico plantea los problemas más graves que trae aparejada la economía de mercado: la creciente pobreza y marginalidad, la globalización económica y las consecuencias de la estabilidad. El libro de cabecera del presidente Menem plantea una salida a las cuestiones económicas más actuales. | 6 | 6 |
| 9 | *Año 2000, Las profecías*, por Víctor Sueiro (Planeta, 17 pesos). El autor de *El ángel* escribe ahora sobre los cambios que desde la actualidad van anticipando el año más esperado, al tiempo que analiza las predicciones que hombres como Nostradamus se atrevieron a esbozar. | – | 1 |
| 10 | *Diálogos con la historia y la política*, por Natalio R. Botana y Félix Luna (Sudamericana, 15 pesos). Un debate entre dos de los más importantes historiadores argentinos de los cuales surgen, como temas centrales, los procesos que han confluido para elaborar nuestra realidad y la forma en que la Argentina ha sido gobernada. | 9 | 4 |

**Librerías consultadas:** Del Turista, Expolibro, Fausto, Gandhi, Hernández, Librerío, Librería del Fondo, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny (Capital Federal); Boutique del Libro (Lomas de Zamora); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Labor-de, Lett, Nueve de Julio, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).
**Nota:** Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas: esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión.

## RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

**Arthur Miller:** *En el punto de partida* (Tusquets): Reedición, muchos años después del primer libro del autor de La muerte de un viajante, extrañamente una novela, que prefigura varios de los temas y tensiones que van a habitar una de las dramaturgias más originales de este siglo.

# Carnets///

NOVELA

## Guerra, incesto y locura

**FRESCOS DE AMOR**, por Liliana Heer, Seix Barral, 1995.

Inquietante figura, la *espera* ocupa un memorable lugar en *Fragmentos de un discurso amoroso* de Roland Barthes. Vale la referencia no sólo por la importancia estructurante que ésta adquiere en la nouvelle de Liliana Heer, sino también porque se asiste allí, aunque de modo distinto que en *Fragmentos...*, a un despliegue coreográfico. Las escenas –suerte de manifestaciones fantasmáticas– se arman a partir de la necesidad de tentar algunos temas. Y algunos temas "grandes": el triángulo edípico, las formas del autoritarismo, el amor incestuoso, la relación entre arte y vida, la guerra, la homosexualidad femenina, la mujer, la ausencia, la locura y la muerte.

Tanto peso necesita de estrategias narrativas que lo aligeren. Observarlas e indagarlas en *Frescos de amor* puede constituir una dirección posible de lectura. Un lenguaje extremadamente sustantivado, la presencia notoria de construcciones pasivas, la economía de nexos relacionantes, la fragmentación, el tiempo no lineal, los diálogos cortados, el relato desde el punto de vista de la protagonista y en primera persona femenina, contribuyen a forjar una historia cuyas secuencias se arman por el contacto de superficies que parecen acontecer casi simultáneamente. El ritmo lento –también gracias a algunos de dichos procedimientos– sugiere una fluctuante progresión/regresión en un diseño atemporal. En consonancia, los ambientes aparecen en gran medida estilizados y desrealizados, reducidos más bien a lugares simbólicos –casa paterna, hospital–, escenarios cuyos objetos portan asimismo similar carga.

La espera pierde entonces su carácter apremiante y nervioso para convertirse en presente puro, espesa calma en cuyos pliegues caben varias historias, menos interdependientes que acumuladas, superpuestas. Y se transforma así en espera esencial, en los bordes del mundo y enajenada aún del objeto de la espera. Por eso quizá no interese detallar demasiado a los personajes, sino adscribirlos más a estereotipos que a individualidades: padre, madre, hermano, amante, actriz, director, etc. Asimismo, respecto de ellos, juega con carácter de indefinición el par presencia/ausencia, están y no están, son percibidos, evocados, padecidos o son bocas que hablan y discuten lejos de la posibilidad perceptiva de la protagonista. Ningún caso en particular, sino todas las facetas de un ellos, que, desde la perspectiva de la narradora, equivaldría a decir, ajenos o perdidos.

Esa ajenidad motiva algún modo de reflexión acerca del status del otro,



de lo otro y, también, de las form[...] de la otredad, cuestión que puede ve[...] se en las distintas configuracione[...] que, justamente, como frescos, eme[...] gen de la trama, y especialmente [...] partir de una especie de metáfora. E[...] animal parasitario *Nosopsyllus Fa[...] ciatus*, que prefiere habitar en la[...]

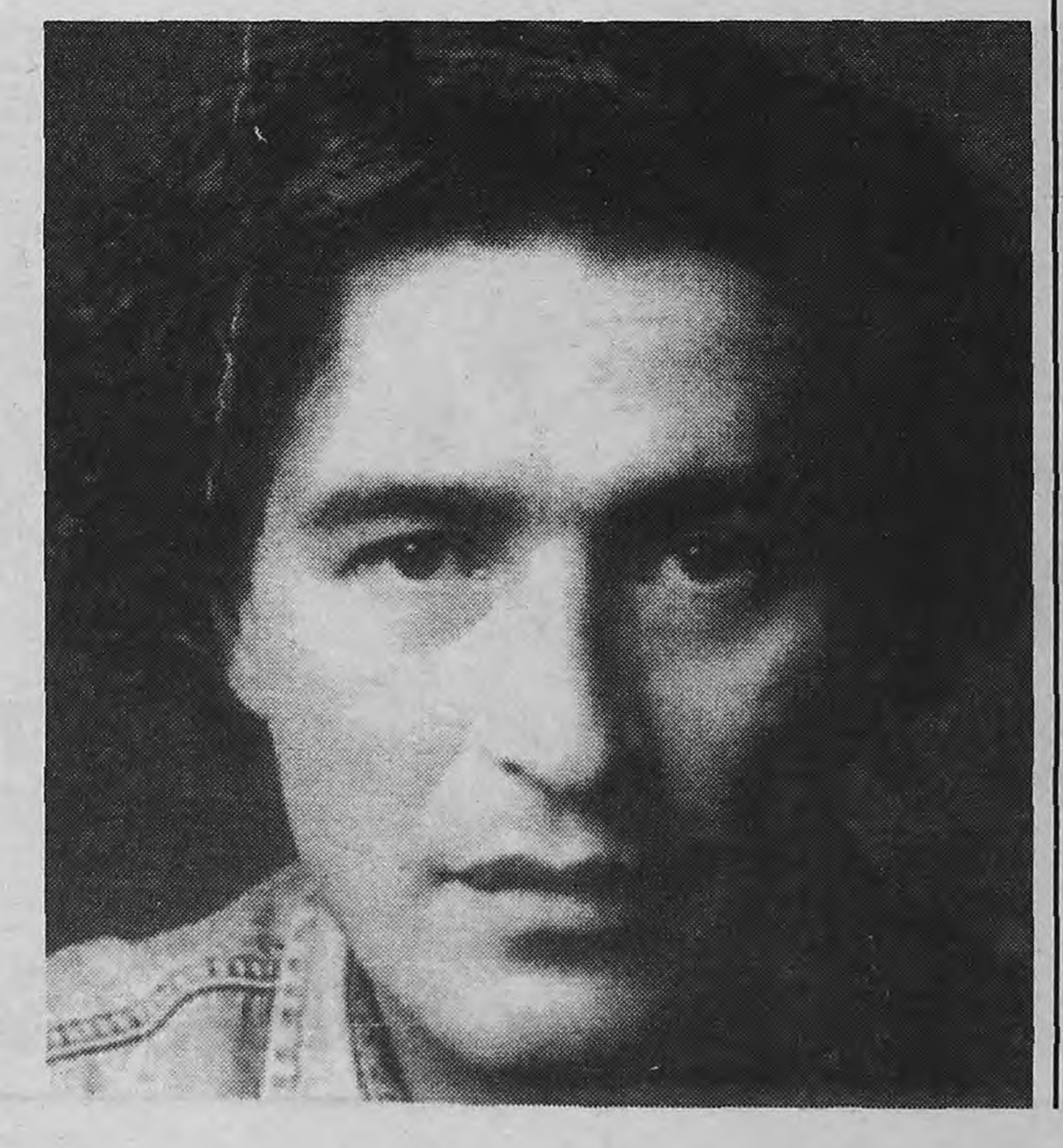
NOVELA

## Los fracasos del am[...]

**EL NADADOR**, por Gonzalo Contreras, Alfaguara, 1995, 314 páginas.

Gonzalo Contreras lograba en su primera novela *La ciudad anterior*, una narración tensa, ágil pero no liviana, en la que las cuestiones políticas aparecían cuidadosamente como telón de fondo. En *El nadador* esas cuestiones quedan ya apenas entre líneas, para poner en primer plano una serie de historias de amor (de amores que siempre se complican hasta estropearse).

*El nadador* comienza y termina con dos escenas muy similares: en ambas aparece el protagonista de la novela, Max Borda, observando con sus binoculares. Lo que mira, casi distraídamente, en el primer caso, es una escena que parece casual (un delfinario que se ve desde su departamento en el piso veintiuno); en el desenlace, lo que observa Max Borda, sólo que esta vez con la mayor atención posible, es el cuadro con el que toda su historia se va a resolver. Estos dos formas de mera contemplación, signadas por la mirada minuciosa pero distante del que no va a intervenir, enmarcan y definen el relato.



La mujer de Max Borda ha desaparecido de pronto, en un caso que queda planteado entre la indagación policial y la indagación psiquiátrica. Mientras el asunto se resuelve (*El nadador* transcurre en ese prolongado *mientras*), Max Borda vuelve a sus otros amores: esos amores un tanto desconsolados a los que, en algún caso la traición, en otro la venganza, mantienen lejos de los matices del idilio. La escritura de Contreras, que por momentos se acerca casi sentimentalmente y por momentos se distancia con la mayor ironía, da a la novela el tono exacto para narrar esa especie de [...] didez que está en su base.

Una pregunta que se formul[...] menudo los personajes de *El na[...] dor* es qué es lo que deben hacer[...] respuesta es siempre la misma: lo [...] jor es no hacer nada. ¿Qué hace [...] Borda cuando, al parecer, su [...] ha desaparecido? Deja las cosa[...] mo están, no hace nada. ¿Qué [...] Max Borda cuando, evidenteme[...] su amante lo ha humillado? Es[...] tiene paciencia, no hace nada. E[...] hacer nada adquiere en *El nad[...]* todo su dramatismo y toda su in[...] sidad: Contreras consigue dar a [...] no hacer nada el espesor que es [...] pio de la acción.

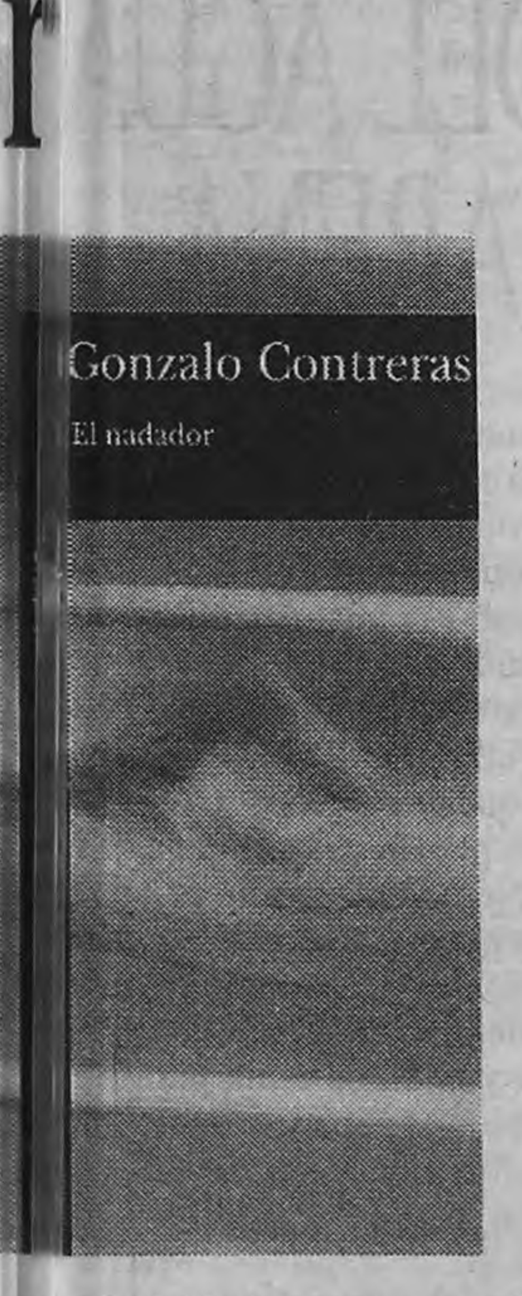
*El nadador* alcanza un interé[...] rejo y sostenido por la manera en [...] ocurren las cosas, planteando e[...] mas y reflexiones diversas. Pe[...] que pasa, pasa siempre en cont[...]






hem as. El vacío que acecha a la pro-
tago sta, según declara, parece ins-
tala en el mismo quieto transcurrir
de s deriva narrativa, instalado, en
defi iva, en una trama sin esperan-
za n desesperación.

SUSANA CELLA




c a decisión de esperar y no hacer
na . Ese contraste es lo que da al
te o de Contreras ese cierto descon-
su o que tan bien enuncia, y que es
el la manera en que las relaciones
e las personas, pudiendo haber si-
d ejores, se echan a perder irremi-
si emente.

MARTIN KOHAN



Juan Carlos Torre (comp.)
El 17 de Octubre de 1945
*Ariel*

ENSAYO

# Las patas en la fuente

**EL 17 DE OCTUBRE DE 1945**, por Juan Carlos Torre (compilador). Editorial Ariel, Buenos Aires, 1995, 298 páginas.

Hay un consenso generalizado en que la historia argentina se podría dividir en antes y después del 17 de Octubre de 1945. Ese día divide los procesos de gestación del movimiento obrero de la consolidación de su identidad; las masas dejan de ser una presencia apenas susceptible de teorizaciones y se convierten en un fenómeno indisimulable. Pese a todo lo escrito sobre el tema, sigue en pie la necesidad de analizarlo a fondo e indagar en detalles que aún hoy permanecen ocultos.

*El 17 de Octubre de 1945* es un libro construido en base a la recopilación de seis ensayos y cada uno de ellos encauza su análisis desde distintas perspectivas, con la intención de focalizar y centralizar el tema. Así, sobre textos hábilmente seleccionados, el libro contiene gran parte de los ingredientes necesarios para comprender al peronismo, su líder y su entorno desde su raíz.

El primero de los trabajos fue escrito por el historiador Juan Carlos Torre, también compilador del libro. El autor realiza un documentado diagrama del rol de la CGT y las organizaciones obreras en el 17 de Octubre. Revela de esta manera las diferentes tendencias y pujas internas dentro del movimiento y debate la teoría de una supuesta movilización espontánea de los sectores populares, pues en realidad, el día fundamental que disparó todos los acontecimientos posteriores fue el 16 de octubre.

El trabajo del norteamericano Daniel James interpreta los intereses de los sectores populares y el sentido que tuvo el peronismo para la clase obrera señalando continuamente la enorme contradicción existente entre las acciones de los obreros y las intenciones de sus demandas.

Emilio De Ipola, en el tercer texto, realiza un minucioso análisis del discurso que Perón dirigió al pueblo reunido en la Plaza de Mayo ese día, haciendo hincapié en las palabras vacías, conciliatorias, demagogas y sin contenido que, desde su perspectiva, el líder dirigió a la multitud convocada, y desmenuza cada frase, dándole un contexto en el cual toma vida y se justifica.

Marysa Navarro habla de lo que más sabe: Eva Perón. En su trabajo Navarro revela la enorme dificultad para investigar el rol que tuvo Evita el 17 de Octubre. Si realmente formó parte de los preparativos previos, o si fue apenas una sombra entre tanto protagonismo, son algunas de las preguntas a desentrañar. Pero por sobre todo intenta rastrear el origen de las leyendas que le asignan una importante participación.

Mariano Plotkin analiza en su texto la utilidad del 17 de Octubre como día festivo y las diferentes manipulaciones que sufrió con el fin de adaptarlo y redefinirlo en función de los intereses del movimiento y su líder. Para ello, la propaganda y la coerción ideológica juegan un papel determinante a la hora de delimitar los espacios de acción de cada sector de poder. Así, 17 de Octubre y los rituales políticos del peronismo funcionaron como termómetros y sostenes de la relación entre Perón y el pueblo.

En el último de los trabajos, Federico Neiburg estudia las diversas interpretaciones sobre el origen del peronismo, sus responsables intelectuales, las diferentes posturas críticas, leyéndolas desde una perspectiva que no logra superar ciertas perspectivas un tanto transitadas.

*El 17 de Octubre de 1945* es un libro imprescindible a la hora de analizar al peronismo. En primer lugar porque logra develar detalles traspapelados entre los fervores de la jornada. En segundo lugar, funciona como disparador de debates al abrir un amplio abanico de interpretaciones que conducen a la misma fecha por carriles diferentes. El libro compilado por Torre demuestra que en medio de tediosas y mediocres publicaciones, en la Argentina todavía es posible seguir escribiendo sobre la historia.

BLAS MARTINEZ

# EL MITO DEL POETA

## GORDO Y BONACHON

DANIEL FREIDEMBERG

"El cartero" y "Ardiente paciencia" son versiones de la vida del poeta chileno. En su país ha dejado de ser el poeta comunista para convertirse en un prócer que reivindican hasta los pinochetistas y algunos tejen hipótesis sobre lo que pensaría Neruda tras la caída del Muro.

Más que cualquier otro poeta de este siglo, al menos en América latina, Pablo Neruda se ha vuelto algo bastante parecido a un mito para millones de lectores, muy pocos de los cuales seguramente conocen entera su voluminosa obra. Ni siquiera los pinochetistas dejan de considerarlo una suerte de emblema nacional, un indiscutible, muy lejos ya de los tiempos en que la militancia comunista del poeta –fue senador y en 1969 precandidato a presidente– provocaba iras e incluso la persecución policial y el exilio. A lo sumo, desde la derecha, se conjetura que, de haber estado vivo Neruda durante la caída del Muro, se habría sumado al triunfante neoliberalismo. "Dicen que, como era un hombre inteligente, era lógico que no hiciera otra cosa, pero los que hablan así no lo conocieron de verdad o mienten deliberadamente", decía, a su paso por Buenos Aires el año pasado el escritor y dirigente comunista Volodia Teitelboim, biógrafo y amigo del poeta. El hecho es que difícilmente haya hoy otra figura de la historia chilena tan venerada por sus compatriotas. *Ardiente paciencia*, nombre de la novela y la obra teatral de Antonio Skármeta que sirvió de base al film de Michael Radford, sintetiza en buena medida la imagen en la que se sostiene el mito, que por otra parte no difiere mucho de la que el propio Neruda fue armando con sus poemas y con virtualmente cada uno de los actos de su vida. No es, por otra parte, el único libro que en los últimos años gira en torno de esa suerte de obsesión que para los chilenos es el autor de *Odas elementales*: además de la biografía de Teitelboim y de los recuerdos de la mutua amistad que narró Jorge Edwards en *Adiós poeta*, las polémicas abundaron cuando Enrique Lafourcade dio a conocer su investigación sobre el último amor clandestino de Neruda.

El viejo poeta gordo y bonachón, vital, lleno de buen humor, caprichoso y cultivador de todos los placeres que aparece en *Ardiente paciencia* tiene mucho que ver, ciertamente, con la figura que se dibuja ante los contingentes que a diario recorren las casas que Neruda construyó en Santiago (La Chascona), Valparaíso (La Sebastiana) e Isla Negra, la más famosa, frente al Pacífico. Como buscando encontrarse con los indicios vivos de una leyenda, como quien quiere tocar el latido del mito, los visitantes pasan ante las filas de copas rojas, azules, amarillas o violetas, ante los mascarones de proa y las caracolas, los objetos náuticos y los anuncios de zapaterías. Neruda era un coleccionista obsesivo y entusiasta y cada una de sus casas y sus colecciones tienen el colorido, la sensualidad y la gozosa diversidad de un poema de Neruda. No era él quien buscaba las cosas, decía Matilde Urrutia, su mujer, sino que las cosas lo buscaban a él: "A veces él estaba pensando en algo durante algún tiempo, y de repente el objeto aparecía". Como si tanto las colecciones como los poemas estuvieran organizados por una misma necesidad profunda: "Hay en mí –explicó una vez– un antiguo propósito de nombrar todas las cosas que he visto y que conozco, de abarcar con mis palabras la diversidad infinita del mundo, como si yo quisiera descubrirlo y nombrarlo y revelarlo de nuevo".

La actual dimensión legendaria de Neruda, en realidad, viene creciendo desde hace mucho, y no sólo en Chile. Desde el profundo impacto que en toda la poesía hispanoamericana produjo en los años '30 con *Residencia en la tierra*, pasando por el indiscutible liderazgo que en la poesía "comprometida" de lengua castellana tuvo a partir de *Canto general*, la suya fue siempre una voz protagónica (ya lo había empezado a ser, en realidad, mucho antes, con los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* que tal vez sigan siendo robados para seducir muchachas, como lo fueron infinitas veces y como lo vuelve a hacer en la pantalla el cartero de *El cartero*).

Pero, si el otro gran protagonista de la poesía hispanoamericana, el peruano César Vallejo, debe su gravitación a las operaciones con que tritura, expande y subvierte la lengua, al áspero modo en que descose las palabras, las tuerce, las da vuelta y las golpea para extraer de ellas un sentido oscuro, para el amoroso coleccionista que es Neruda las palabras son objetos preciosos, llenos de secretos que la escritura procura preservar. La fuerza y la devoción puestas en juego en esa tarea siguen fascinando a millones de lectores. La de Neruda es, probablemente, la última gran manifestación, en este siglo, de una poesía seductora y envolvente pero que no por eso agota sus posibilidades en el impacto inmediato, quizá porque no son muchos los casos como el suyo, en que alguien hace arte de la vida en el mismo movimiento en que hace de la vida un arte, y produciendo en cada acto de la vida y de la escritura un mismo toque de asombro o maravilla que hace resplandecer las cosas y las palabras. Ahí, probablemente, está la fuente de la peculiar eficacia de su poesía y también la del mito





# SIEMPRE FUERA DEL AGUA Y SIN PISAR LA ARENA

POR L.A.

Cuando Philippe Noiret –shorcito azul con cinturón blanco y camiseta musculosa– entra al mar protagonizando a Pablo Neruda en la película *Il postino*, una terrible duda amenaza con destruir la labor de actores y director. Es que el autor de *Canto General* jamás se bañaba en mar, río o arroyo ni en su Chile natal, ni en ningún otro país de los tantos en los que vivió, paseó o visitó. Mucho menos creíble resulta que el mismo Neruda se meta al agua para pensar una posible respuesta al interrogante sobre la metáfora que plantea su interlocutor Mario Ruoppolo, el cartero brillantemente protagonizado por Massimo Troisi.

–Don Pablo, el cielo... las estrellas... los bosques... el océano...

–Está bien, Mario, ya puedes decir etcétera, etcétera.

–Etcétera, etcétera; el mundo entero, ¿no sería una metáfora de otra cosa?

Es allí cuando Neruda decide dejar la respuesta hasta el día siguiente y meterse al agua para pensar. Primer error, subsanable quizá por la advertencia del director inglés Michael Radford cuando hace la salvedad de que su film es una adaptación libre de la novela del chileno Antonio Skármeta, *Ardiente paciencia*.

El segundo error también tiene que ver con los gustos y disgustos del Premio Nobel de Literatura 1971. En otro fragmento de la película, Neruda plantea –nuevamente a Mario– que uno de los secretos para escribir poesía es caminar por la playa. Y Neruda no caminaba por la playa. Por el contrario, construyó su casa en Isla Negra, a muchos metros de altura de la arena. Que quede claro: el mar y la arena eran, para Neruda, bellísimos paisajes ideales para su poesía, para sus metáforas, para observar desde los amplios ventanales de su casa, junto a Matilde y un buen vaso de vino chileno. Pero no para incursionar en ellos.

Esta es la segunda película que se hace con el mismo libro. La primera, realizada hace una década, fue filmada en Portugal y protagonizada por un actor desconocido cuyo mayor mérito era parecerse tremendamente al poeta chileno. Pasó sin pena ni gloria y fue levantada de cartel a la semana. Esta vez, la producción nerudiana parece más completa. Editorial Sudamericana reedita, para la ocasión, la vieja novela de Skármeta con el mismo título de la película: *El cartero de Neruda*. Se propone también la llegada al país del director Radford y no es improbable que vuelvan a circular, nuevamente, las miles de ediciones –tanto legales como piratas– de los archiconocidos *Veinte poemas*

# SIR KINGSLEY AMIS, EL ESCRITOR QUE NECESITABA SER ODIADO

# UN VIEJO MALDITO

*C. E. FEILING*

**Amis había sido comunista en su juventud y thatcherista hasta su muerte. Y a lo largo de toda su vida fue consecuente para cultivar el odio de la cultura de moda. Alcohólico y claustrofóbico, el maldito viejo británico se llevó a su tumba el odio de los críticos liberales.**



**Sir Kingsley Amis. Su thatcherismo postrero le valió un título de nobleza.**

n diciembre de 1994, el *Times Literary Supplement*, el semanario de crítica literaria más importante de Gran Bretaña, hizo una de las típicas encuestas con que los peiodistas intentan llenar el espacio que a de Navidad a los primeros días de nero. El tema eran "los libros internaionales del año", y entre quienes resondían alabando las virtudes de libros aneses, italianos o franceses estaban ulian Barnes, Terry Eagleton, Patriia Highsmith, George Steiner, Peter Ackroyd y otros pesos completos. Fiel su fama y genio, el recientemente falecido Kingsley Amis no dejó pasar a oportunidad de ofender a los editoes del suplemento, cuyo interés por la iteratura "alta" –y, para colmo de colnos, extranjera– él siempre consideró retencioso. Su respuesta comenzaba on la fraseCasi nunca leo libros que uedan ser calificados de "internacioales" y luego procedía a hablar maavillas de una novela de espionaje pulicada hace ocho años por un ignoto utor ruso que vive en Estados Unidos. El poeta Phillip Larkin, su amigo del lma que alguna vez declaró no saber uién era Borges ni desear saberlo, huiera estado orgulloso de él.

Sir Kingsley Amis, nacido en 1922 l sur de Londres, en Clapham, funcioó durante las últimas dos décadas –las mismas que lleva la carrera literaria de Martin, su célebre hijo– como una suere de icono de la Inglaterra thatcherisa, antieuropea y reaccionaria. Eso le ganó el *Sir* que anteponía a su nombre y la animadversión de la prensa liberal, que lo proclamó un "escritor acabado", y repetidamente intentaba, sin gran éxito, tratarlo con condescendencia. Lo de "escritor acabado" es un mote al menos inexacto para alguien que, aparte de su vasta obra, publicó una novela de 300 páginas el año pasado y una de 282 este año, poco antes de su muerte. (La de este año, *El bigote del biógrafo*, promete poner en ridículo de antemano a cualquier crítico que quiera meterse con él, como le pasó al pobre Eric Jacobs, su biógrafo y modelo del que Amis castiga en la novela.) Por lo que hace al intento de tratarlo con condescendencia, sólo revela una brutal incomprensión de la postura literaria –e ideológica, si puede hablarse en su caso de ideología y no de simple temperamento– de Sir Kingsley.

Kingsley Amis fue uno de esos autores que necesitan ser odiados, cuyas obras surgen de un profundo deseo de incomodar. Simpatizante en su juventud del comunismo, sus primeras novelas, y en especial *Jim el suertudo* (1954), que le valió el Premio Somerset Maugham, derramaron ácido sobre los tics y estupideces de las clases altas británicas y el *establishment* de "Oxbridge" (Amis, que provenía de un hogar de clase media baja, concurrió a Oxford con una beca, se graduó con honores y luego fue profesor en Swansea y en Cambridge). En los años '50, la literatura todavía era en Gran Bretaña una profesión mayormente de caballeros, y el interés de un joven novelista por la ciencia ficción, los policiales, el sexo, las borracheras y la falta de respeto sólo podía ofender. Quienes se asombran, pues, de que aquel joven iracundo haya terminado siendo miembro del exclusivo Club Garrick y alabando a Maggie Thatcher ante cualquier micrófono que le pusieran a tiro, deberían quizá reflexionar un poco. Aunque uno no defienda las últimas posturas de Amis, hay que reconocerle coherencia. La principal obsesión de Sir Kingsley siempre fue la de dinamitar cualquier consenso, y el consenso literario de la Gran Bretaña actual es el de la izquierda moderada y bienpensante, el del *Arts Council*, los programas de apoyo para jóvenes narradores y los Departamentos de Escritura Creativa de las universidades. El anciano que fue un verdadero joven iracundo no iba a dejarse arrastrar por los vientos de lo políticamente correcto, de modo que apeló a los símbolos de lo más odiado por quienes participan de consenso actual. Así se cerró el círculo, y el viejo maldito terminó representado aquello mismo que el joven iracundo fustigaba.

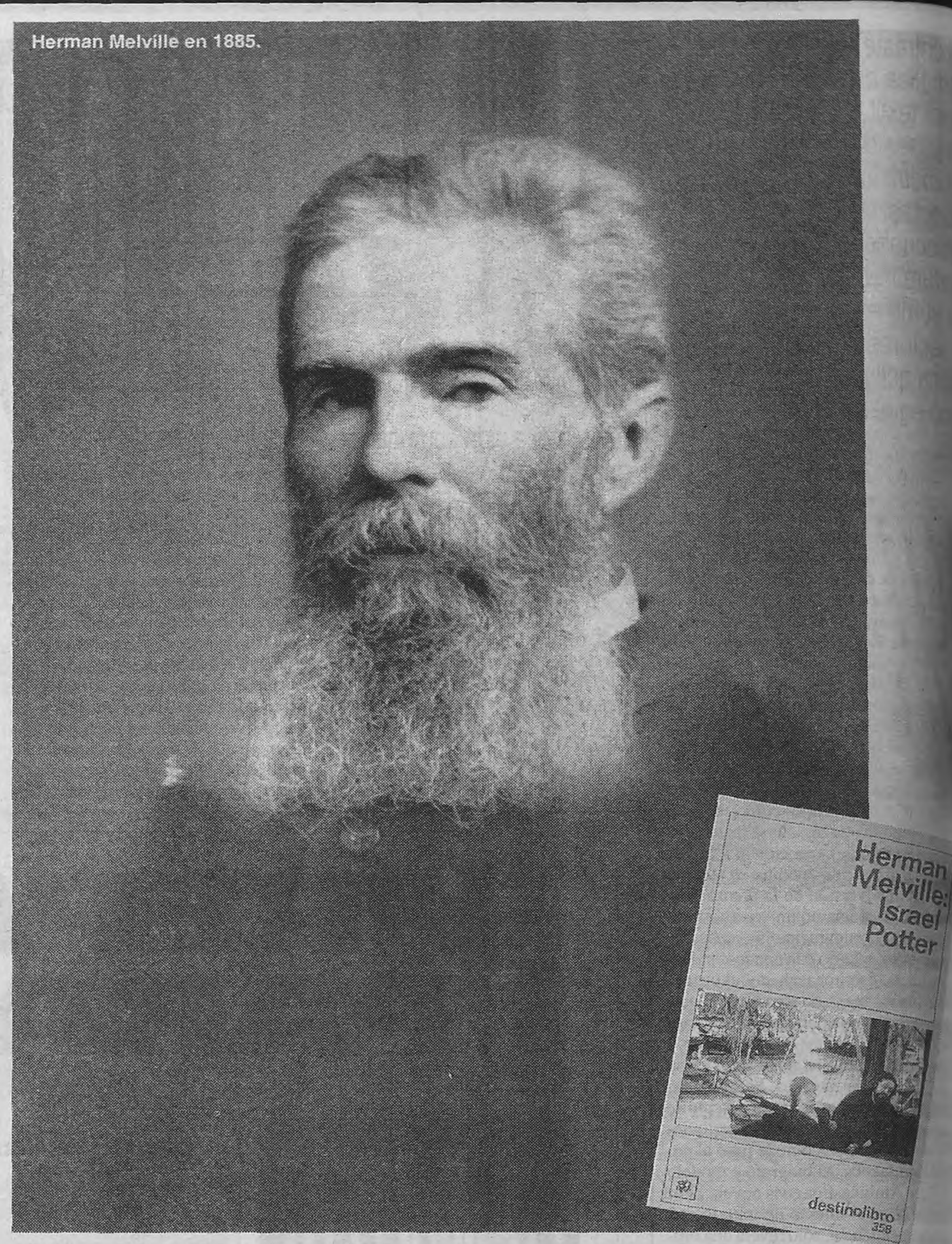
A riesgo de caer en el imperdonable pecado de la biografía, hay que decir que el comportamiento de Amis, destructivo y autodestructivo, parece del todo predeterminado por su vida, que nunca fue un modelo de felicidad. Desde su adolescencia sufrió de ansiedades y ataques de pánico, a menudo padecía de "despersonalización" –la horrible y persistente idea de que uno no maneja el propio cuerpo–, no podía viajar en ascensores o subterráneos y era incapaz de quedarse solo de noche. Los últimos años de su existencia, por otra parte, los pasó viviendo de un modo que parece sacado de una novela de Iris Murdoch: compartía la casa con su ex mujer, Hilly Bardwell, y el último esposo de ella, Lord Kilmarnock. Como ocurre con todos los buenos escritores, sin embargo, su obra sobrevivirá a los reportajes y a los análisis biográficos, a su inmoderada ingesta de alcohol y sus provocaciones. Amis fue un excelente poeta y novelista, publicó estudios sobre ciencia ficción, ganó el Booker Prize en 1986 por *The Old Devils* y hasta se dio el lujo de escribir, bajo el seudónimo Robert Markham, una novela "a lo James Bond", como las de su admirado Ian Fleming. No es poco para un chico de clase media baja, que salió de Clapham a llevarse el mundo por delante, atentó contra las convicciones de su época y su país y se mantuvo siempre a contrapelo de lo que las editoriales y los medios esperan de un escritor.



# LAS FANTASTICAS AVENTURAS
## DE UN PERDEDOR

## "Israel Potter", de Herman Melville

"Nada que pueda molestar a los delicados, nada de difícil interpretación", le pidió el editor a Herman Melville, antes que el autor de "Moby Dick" se pusiera a escribir "Israel Potter". Y Melville, ahora glorificado por los norteamericanos, pero en su momento poco entendido, eligió las aventuras de un perdedor. Un campesino que combatió en las luchas de independencia, fue capturado y durante más de cincuenta años no pudo retornar a su país. Hace más de 20 años que no se editaba "Israel Potter" en la Argentina.




Herman Melville en 1885.

*MARCOS MAYER*

Se suele repetir que la historia la escriben los que ganan. Una de las tantas falacias con que la victoria se celebra solitariamente a sí misma. Los rastros de los derrotados están, si se sabe mirar, en todas partes y la literatura es uno de esos lugares privilegiados donde los que perdieron escriben su versión de la historia. Herman Melville supo de este tipo de relatos donde la vida ocurre, tal como narra *Israel Potter: sus cincuenta años de exilio*, en un escenario al que llegan, apagados, los estruendos de la batalla de los héroes.

Cuando Melville empezó a escribir esta novela aparecida por entregas en la revista *Putnam's* durante el año 1855, su editor le repitió una exigencia como para recordarle una vez más que el ciclo de "Bartleby, el escribiente", *Moby Dick* y *Pierre* había conducido a un fracaso de público: "Nada de ninguna clase que pudiera molestar a los delicados, nada de difícil interpretación". Melville las repitió como un salmo; había imaginado rescatar, de entre todas las gestas gloriosas de la independencia de Estados Unidos, la historia de un perdedor.

Israel Potter fue un campesino que participó en las primeras batallas de liberación de su país, luego fue capturado por un buque inglés y llevado prisionero a Londres. De allí trata de escapar una y otra vez, pero el destino se ensaña y sólo a los ochenta años consigue retornar a un lugar que ya no reconoce. En los largos cincuenta años que dura su exilio, Potter conoce la miseria, la cárcel, se encuentra con el rey Jorge III, con Benjamin Franklin en París y participa junto a Paul Jones en varias escaramuzas contra la flota inglesa en las costas de Gran Bretaña. La gloria sucede a su alrededor, pero hay algo en Potter que no le permite acceder a ella.

La novela repite algo que Melville planteaba en *Moby Dick*, escrita unos cinco años antes que *Israel Potter* y que encuentra en el paisaje del mar su cifra más perfecta: que percibimos realidades de realidades, ecos de ecos, transparencias de transparencias. Esto marca la narración que transcurre en un contrapunto entre las privaciones de Potter y el escenario público de las batallas de la independencia. La biografía del campesino tropieza con una constante en la literatura de Melville: la fascinación por lo completo y la construcción paradójica de objetos que no pueden nunca ser aprehendidos definitivamente.

*Moby Dick* había conseguido ser la más acabada realización de este doble movimiento. El fabuloso animal que persigue el capitán Ahab está dotado de todas las contradicciones que puede imaginar el mundo y la forma que asume esta novela irrepetible trata al mismo tiempo de rodearlas y de cercarlas mientras las deja incólumes. La ballena sólo puede ser contemplada en su totalidad una vez muerta y cuando es sólo un cadáver, los marineros la rondan, la descubren mientras entran y salen de su carne y la convierten en toda clase de productos que se diluyen en el mundo. Pero esa ballena blanca –un color al que Melville atribuye, en un capítulo memorable, todas las sensaciones imaginables– siempre está a distancia, es un enigma destinado solamente al capitán Ahab, su verdugo y su víctima, mientras que el narrador, al igual que el Ismael de la Biblia, de donde toma no sólo el nombre sino la situación de desarraigo existencial, luego de saber todo lo que puede saberse sobre la ballena, no tiene de su sentido más que un vago presentimiento.

Algo similar ocurre con la biografía de los hombres. "Bartleby, el escribiente" es ejemplar en este sentido. "Pero a las biografías de todos los amanuenses prefiero algunos episodios de la vida de Bartleby", dice el narrador que trata de descifrar el sentido de las palabras que repite el pálido y desesperanzado empleado: "Preferiría no hacerlo". Todo lo que encuentra al final del camino es un pequeño rumor que iguala la vida deBartleby al destino de las cartas muertas, aquellas que jamás han de llegar a sus destinatarios, y que le permite convertirse, de una manera desviada y *casi* inexplicable, en una cifra de la humanidad. Eso es todo lo que puede saberse de los otros y, por lo tanto, del mundo y de su sentido: una vaga y apasionada aproximación.

*Israel Potter* declara en sus primeras palabras otra concepción de la biografía: "En su forma más pura, circunscrita a las vidas de los honrados y los valientes una vez transcurrida, puede ser considerada como el más justo de los galardones otorgados a la humana virtud". Sin embargo, lo que cuenta esta novela es más un destino que una vida, pues Melville se resigna a no indagar en los puntos oscuros y, sobre todo, a la imposibilidad del conocimiento absoluto de los otros. El esfuerzo de reconstrucción biográfica tiene más que ver con el patriotismo que con la convicción. La vida de Israel Potter se disuelve en la de los otros, nunca llega a convertirse en hilo conductor de la historia, nunca se transforma en protagonista absoluto; si hay una presencia constante en la novela es la de la tristeza. En ese sentido, Melville es básicamente, al igual que su gran amigo Hawthorne, que Kafka, que Borges o que Benjamin, un arcaico, alguien que ha comprendido que su época abarca todos los tiempos, una patología que proviene, fundamentalmente, de los libros y sobre todo de uno del que Melville no puede separarse nunca, la Biblia.

Si se lo compara con Poe, el sitial de Melville es el de una denuncia melancólica y afiebrada de los sueños de conquista de la modernidad, la comprobación de la falacia de sus respuestas, pero sobre todo de sus preguntas. Poe es, en el panorama de la mitad de siglo, el hombre que sabe formular los interrogantes que vale la pena contestar y descubre el íntimo vínculo retórico de la literatura moderna con los principios de la economía política. El derrotero de Melville, por el contrario, tiene mucho que ver con el que se narra en *Israel Potter*: vivir fugitivo en un país extranjero, constantemente disfrazado de mendigo como la tentación de lo asocial a lo que se resiste hasta el final de su vida cuando la pobreza acecha como un fantasma; estar a la vera y la sombra de los héroes siendo quien los entiende mejor como sucede con las pedantes lecciones que le da el doctor Franklin o con las hazañas en las que acompaña a Paul Jones.

Nada termina de resolverse en los textos de Melville, tampoco en *Israel Potter*, donde la biografía, supuestamente, otorga la posibilidad de un orden pero, sobre todo, el de un principio y un final. Su hazaña literaria es haber conseguido dar, por debajo de sus textos, algunas de las más maravillosas intuiciones de esa totalidad inaccesible. Como cuando habla de Potter y dice: "Ascendido hace años a una humildad más honda –bajo tierra– con una pensión póstuma (a falta de toda retribución en vida) pagada anualmente por la Primavera en hierba y musgo siempre renovados". Potter no ha terminado sino para iniciar un ciclo. En definitiva, la naturaleza es esa secuencia indeterminada donde nada termina de cerrarse ni de comenzar. Algo dicho (o insinuado) justamente en el siglo que creía haber develado todos sus secretos. Tal vez sea éste el punto que sigue haciendo arrebatadora, aun en un texto menor como *Israel Potter*, la lectura de la obra de Melville.

El secreto que guarda la naturaleza y cada uno de los hombres no es sólo una persistencia, un desafío lanzado a la capacidad de comprensión de la mente humana, sino la posibilidad de que la vida encuentre un sentido como le sucede al apasionado narrador de Bartleby o al biógrafo fracasado de Israel Potter. Un estado a medias entre la ignorancia y el saber; si se habla de secretos, el secreto más íntimo de la ficción, la derrota que no se sabe a sí misma, el punto donde se reúnen todos los placeres y desdichas posibles